

Con la fé, en el corazon, y con la cruz en la diestra prosigamos, pues, nuestro camino. Que el cielo se cubra de nubes, y que ruja la tormenta ¡qué importa?..... Dios y María están con nosotros: ¡adelante!

DISCURSO

DEL SR. LIC. D. JOSE DE JESUS CUEVAS.

HE sentido el gozo inmenso que hizo palpitar el pecho de Colon cuando pisó la tierra de ese mundo que su génio habia soñado, y que segun la magnífica expresion de Schiller, si no hubiera existido hubiera brotado del seno de las olas expresamente para él, porque hay un pacto eterno entre el génio y la naturaleza, que obliga á esta á cumplir lo que aquel promete. ¡He sentido ese gozo incomparable! Un libro

que llegó á mis manos me reveló un mundo nuevo de amor y pensamiento. ¡Qué libro! Parece escrito desde una region del cielo, mansion sobrenatural donde moran espíritus á quienes los reflejos más cercanos de la luz divina, hacen vivir con la mirada hundida en visiones maravillosas é inefables. Sorprende hasta el punto de llegar á dudarse si será el manuscrito de un ángel, ese libro precioso.

No es posible leerlo entre los afanes del trabajo, de los negocios y de las pasiones. De no leerlo á la luz de los primeros albores de la mañana cuando el alma esta fresca como las brisas primeras de la aurora que sonrie, es necesario leerlo entónces en la noche, ya al acostarse, cuando el ruido del afan del dia ha cesado, el espíritu ha recobrado su equilibrio, ha entrado el corazon en reposo, y la caldera del alma ha soltado el hollin que en la labor de cada jornada se queda apegado al cerebro humano, como si fuese la escoria que dejan al fundirse en nuestro pensamiento, los vanos negocios de la vida.

Leyéndolo alguna vez en el peso de la noche, en pleno recogimiento y profunda soledad, como impulsado por un resorte invisible y poderoso, he saltado de mi lecho para continuar su

ectura de rodillas, hasta que el exceso de las ágrimas enturbiando mi vista me ha obligado á extinguir la luz de la bujía y á arrojarme sobre mi almohada. sollozando. Sus páginas son las confidencias de un querubin. ¡Que libro tan humilde y tan excelso! Una oscura y parálitica monja de Alemania, una pobre mujer de una ignorancia suma, pero que amaba mucho á su Dios, al entrar en oracion iba elevandose poco á poco en éxtasis, hasta que en alas de una vision sublime comenzaba á contemplar extraños cuadros de cosas pasadas y futuras, que arrobaban su alma sencilla inundandola en suavísimas delicias.

La humilde cristiana hizo confidencia de sus excelsas y prodigiosas visiones á su confesor primero, luego á su obispo, al Santo Padre mas tarde, y al último al mundo entero. Apenas se publicaron las sublimes visiones de sus éxtasis, cuando los sábios europeos de todas las nacionalidades y religiones, se apoderaron de ellas, para juzgarlas sin piedad. Despues de algunos años de investigaciones prolijas y profundas que continuan aun, los historiadores, los anticuarios, los arqueólogos, los cronologistas y los filólogos, todos de comun acuerdo, han exclamo con sorpresa: "No sabemos si

cuanto esa monja ha dicho será igualmente cierto; pero en todo lo que está bajo el dominio de nuestra ciencia ha dicho cosas hasta antes de ella ignoradas, con una exactitud tan precisa que para decir las á virtud de solo la ciencia humana, hubiera necesitado atesorar ella sola mayor erudicion, más estudio y más crítica que todos nosotros juntos." Estos hechos han pasado en nuestro siglo, y vivos están los sábios que han rendido testimonios.

El libro se intitula "La vida de la Virgen," y su autor se llamaba la madre Ana Catarina de Emmerich, pobre monja de Dusseldorf en Alemania, que hace poco acaba de morir como una santa en ósculo dulcísimo de paz.

Ese libro es la historia de la vida de la Virgen María en todos sus más preciosos é íntimos detalles. Al leerlo creese estar leyendo sus memorias, escritas bajo su inmediato dictado. En él se enarra todo lo que hacia en su infancia, en el templo, luego en su humilde casa de Nazaret, túbio nido de nuestra amable madre, que por un sentimiento impreso, indeleble é incontrastablemente en todo corazón cristiano, ninguno hay que no la considere como su propia, ni puede dejar de figurarse que si fuera á ella, la misma madre de Dios saldria á recibir-

lo como á un hijo, con una ternura más dulce y más llena de esa amorosa confianza y trémula sorpresa, con que las buenas madres de la tierra reciben á un hijo largo tiempo ausente. Para los católicos, en Nazaret estuvo nuestro hogar comun. Hemos de estar en el cielo ya, y todavía, por una fascinacion de nuestro amor filial, hemos de estar buscando nuestra cuna por los rincones de la casa de Nazaret. Y sí es nuestra, por herencia materna: nuestra Madre en su testamento de amor nos la dejó á todos sus hijos. Todos los católicos, los que fueron, los que somos y los que serán tenemos derecho cada uno, á una arena de su suelo, á un átomo de sus muros.

¡Cómo sufrió la Virgen María en su huida á Egipto! Merced á ese libro, yo la he visto ir caminando por las quebradas sendas de ásperas montañas y luego entrar al desierto mar de arena de horizonte sin límite y de olas mortíferas con sus espumas de fuego. Y es cierto que le dieron alojamiento en esa ocasion unos bandidos, cuyo jefe acompañó al Paraiso al Salvador, en la tarde misma de su muerte, y lo es también el que la miseria se instaló como de asiento en su hogar cuando lloró desterrada en Helíópolis nuestra Madre.

En otra ocasion, cuando se dirigian á Belem á inscribirse en el censo ordenado por Augusto, miéntras su santo esposo se encaminó á la ciudad á buscar un hospedaje que no encontró, la Vírgen se quedó sola en las afueras de la poblacion, y recargada á un árbol, en la hora ya del crepúsculo vespertino, abrumada de tristeza, de fatiga y de sublimes emociones, brotaban silenciosas las lágrimas de sus ojos y nuestra Madre querida se las enjugaba con la punta de su manto sin proferir una queja, sin exhalar el más ténue lamento.

El idilio de Betlem es sublime de sencillez y de grandeza! Las peregrinaciones de nuestra Madre al lado de su santo hijo derramando el bien por los pueblos é impetrando siempre la misericordia divina en favor de los humanos, son como una odisea celeste. No hay ni puede haber tragedia mas excelsa que la del calvario, y segun la espresion inmortal de Jeremías, no hay dolor como el dolor de María, al ver espirar á su Hijo, rindiendose á la muerte, por amor á los hombres, la vida misma.

Jamás puede leerse la vida de la Vírgen sin que el alma por endurecida que esté, esclame como en un arrebató involuntario, "no hay vida que sea ni comparable siquiera á la vida

de María." No las vanas cualidades que pronto se marchitan y perecen pronto como la flor del heno, sino las dotes del espíritu que por su esencia son inmortales, son las que constituyen la grandeza humana. ¿En qué consiste la verdadera grandeza femenina sobre la tierra? La inteligencia, el amor y el sufrimiento que es el valor de la dulzura, son los tres vértices radicales de la grandeza de la mujer sobre la tierra. La virtud no es necesario enumerarla, porque ella es la base y el fin de todo lo que podemos llamar grande entre los séres finitos, y porque en último término ¿que es la virtud, sino amor, el mas santo, elevado y verdadero amor de todos los amores?

Hablando en un sentido y en un órden meramente humanos, es la vida de María un foco de inteligencia tan incandescente, un abismo tan grande de amor, un mar tan hondo de sufrimiento, que no se alcanza que pueda haber en el mundo real de la existencia ni en el mundo ideal é interminable del pensamiento humano, vida alguna más alta, más plena, más vida, por decirlo así, que la vida de María de Nazareth. Allí están millares de historias y de tradiciones, de monumentos y de recuerdos de su vida, desde las profecias santas y los sagrados evan-

gelios hasta las leyendas y cantares populares desde las páginas de Epifanio y de Cirilo, hasta los cánticos de Buenaventura y las estrofas del poema de Orsini nuestro contemporáneo. El mundo entero conoce su existencia, y para todo hombre que ha salido de la barbarie, son hechos irrefragables, que María de Nazareth pensaba y hablaba en el tono altísimo de la Magnificat, amaba con el acento con que lo decía al Señor en las bodas de Caná, "los esposos no tienen vino," y la mirada con que perdonaba á los verdugos de su Hijo cuando lo enclavaban; y que sufría, en fin, con las lágrimas que derramó al recibirlo yerto en sus brazos, ó al verlo atravesar sangriento y desnudado la calle de la Amargura!

Así pensaba, así amaba y así sufría la humilde doncella hebrea. ¿Hay vida alguna comparable siquiera con la suya? Si su existencia está tan por encima de toda órbita del mundo real y del imaginario que su vida supere á toda realidad y á toda idealidad, necesario es renegar de la razón ó confesar que María de Nazareth fué Madre de Dios, porque su vida fué la de la Madre de un Dios.

Conocemos la vida de María. ¿Es verdaderamente superior á toda realidad y á toda idea-

lidad humana? Toda comparacion es absurda, y sin la santidad de la intencion seria blasfema, porque la vida de María es realmente incomparable; pero pidiendola perdon antes de nuestra involuntaria profanacion y con el solo fin de que pueda ser mejor apreciada la distancia enorme de las otras á la suya, no comparemos sino juzguemos las mas grandes existencias reales y las mas altas creaciones del ingenio humano, con los ojos fijos en la vida de la Virgen. Veremos entónces, que al lado de la suya, toda grandeza no es ni polvo siquiera.

En el gentilismo la grandeza ideal no se conocia. Yocasta la de Sófocles es un tipo que sobrecoge de repugnancia; horroriza Electra, tan rencorosa y sanguinaria: el sacrificio inconsciente y sin objeto de Ifigenia en Aulide no puede interesar; Antígona, la hija de Edipo, fué incestuosa al fin; Brisais, la de Homero, era una esclava sin sentimiento alguno y disputada sola por su belleza como un vil trofeo de la victoria. La ménos repugnante creacion del ingenio gentil es Dido la de Virgilio, sin duda. Esta es la mas pura y elevada creacion de la poesia pagana, y sin embargo no conoce otro amor que el de los sentidos y remata su grandeza ahogando en el suicidio su oprobiosa pa-

sion. Fuera de la idea cristiana no ha habido verdadera poesia. Era imposible que el gentilismo se elevase desconociendo el amor por completo, y teniendo y adorando como dioses las pasiones humanas. En la poesia del paganism solo es admirable, en ocasiones, la forma. La idea y el sentimiento son siempre detestables.

¿Y la poesia cristianizada, qué grandes figuras ideales ha producido? La Clorinda del Tasso y la Margarita de Goethe, son ménos bellas que la Julieta de Shakespeare, la Graziella de Lamartine y la Atala de Chateaubriand. Julieta ama mucho á un hombre con un amor que no puede llamarse impuro; pero que en sus trasportes no solo pasa los límites de la castidad, sino los de la dignidad femenina y los del decoro social. Su amor, tan destituido estaba de elevacion y tan de la tierra era por decirlo así; que el veneno y la tumba de un doble suicidio fué su postrer vuelo y su último horizonte. Atala es ménos grande que su escena, llena de la magestad del desierto y de los encantos de un mundo vírgen. La fé de Atala fue incipiente, y la abnegacion de su amor á un solo hombre, le hizo romper muy de repente los vínculos de su familia, de su tribu y de su raza, res-

petables siempre. Interesa el amor de Atala, pero no se llora por ella realmente, hasta que se muere. Graziella, la sencilla hija del pueblo, pero nacida en un mundo civilizado, es mas interesante que Atala. El rubor que se confunde en sus mejillas con el polvo del coral que pulimenta: las oraciones y las flores que ofrece á la Madona su piedad ingenua: su abnegacion llena de confianza: su primer amor henchido de ternure inocente y delicada, hacen á Grassiella muy amable; pero en últimos término no es mas que una pobre criatura cuyo amor está limitado á un solo ser, lleno de impacencias y de desesperaciones como todos los amores de la tierra, y que al fin se extingue en la amargura de una ausencia sin término, dejando la triste huella de un recuerdo en un solo corazon ingrato.

Julieta, Graziella y Atala, ¿qué son sino tres notas limitadísimas del amor humano, sino tres pobres criaturas débiles, tres vasos frágiles que una sola gota de amor que no pudieron contener hizo estallar? Son de las más sublimes creaciones del génio del hombre en su más alto vuelo, del setimiento humano en su expresion más delicada, y apénas, sin embargo, suman las tres una lágrima de sufrimiento, un ténue rayo

de inteligencia, una gota pequeñísima de amor. ¿Son siquiera comparables Julieta, Atala ó Graziella á la Virgen? ¡Pero no! Si solo formular la interrogacion es una blasfemia. María está mucho, muy alta, inconmensurablemente sobre las más sublimes creaciones ideales de la poesía humana. Y esta es la gran prueba de que existe realmente. Si la Virgen no hubiera existido todo el ingenio humano reunido, no hubiera bastado para inventarla. Los hombres podemos mentir alterando la verdad que está dentro la órbita de nuestra inteligencia, pero en el tipo de la Virgen todo tiene que ser verdad, porque todo él está fuera del alcance de nuestras creaciones.

La excelsitud de la Virgen María en el mundo ideal es absoluta é incontestable.

¿Es asimismo evidente su incomparable superioridad en el mundo de las existencias reales? La realidad sobrepuja á la imaginacion: nos imaginamos un número muy alto, y es mayor el de las arenas del mar y el de las estrellas de los cielos: multiplicamos distancias en el pensamiento, y no igualan las de un astro: nos imaginamos algo blanco, y la nieve lo es más. La potencia del pensamiento humano en su alcance es indefinida; pero es muy limitada

en sus facultades creadoras. Todo es obra de Dios; pero por regla general sus obras son más grandiosas á medida que disminuye el número de los agentes intermediarios, como si el carácter de la Omnipotencia más genuino, fuere sacar directamente el sér de la nada por la sola energía de su eficacia. Todas las creaciones ideales de la poesía humana no se elevan á la altura de una grandeza real. La historia presenta figuras más grande que la poesia de los pueblos

Y en el mundo de la realidad, ¿habrá existencia alguna que sea aunque á inmensa distancia comparable á la de la Virgen? A su lado el egoismo más insigne, el más elevado sentimiento, el poder más extenso son átomos imperceptibles. Juana de Arco, el más sublime heroismo femenino; Santa Teresa, la más elevada inteligencia que ha hervido bajo cabellera de mujer, y el corazón más amante que ha latido bajo sayal de monja; é Isabel la católica, la reina que ha ejercido su vasto poder con más benéfica transcendencia, ¿qué son en presencia de María?

Juana de Arco en el secreto de su oracion sencilla como su alma, recibe la mística confianza de su singular destino. La pastora de